

Introducción

JORGE ENRIQUE GONZÁLEZ

Hace cerca de doscientos años se produjo la oleada revolucionaria en Hispanoamérica que sirvió de preámbulo a la construcción de Estados nacionales en la región, en una época en la que ese fenómeno político apenas despuntaba en el escenario internacional. Las profundas mutaciones de las sociedades occidentales que anunciaban la erosión del Antiguo régimen y la recomposición de fuerzas que se operaba en la geopolítica mundial mostraba consecuencias incluso en el mismo suelo europeo, en el que el ímpetu bonapartista se sintió en territorio español, dando lugar a un interregno que ayudó a precipitar el desarrollo de un proceso de amplias repercusiones para la descomposición del régimen colonial español.

La construcción de los Estados nacionales en la región tuvo unos antecedentes signados por la lenta formación de una identidad alternativa en los criollos, en la que se trataba de precisar cuál era su condición respecto de la dominación de ultramar. La relativa sensación de insularidad de los criollos y la acumulación de evidencias en torno a un trato discriminatorio hacia los españoles nacidos en América, fueron el fermento que condujo a los habitantes de estas latitudes a reflexionar en torno a su propia identidad. En esa búsqueda fue de gran importancia el conocimiento del territorio en el que vivían, en una perspectiva que animaba al desarrollo del denominado “conocimiento útil”, esto es, la explotación de la naturaleza con propósitos económicos.

Las medidas adoptadas por el régimen de los Borbones respecto de los territorios de ultramar implicaron transformaciones sensibles en el cam-

po de la administración colonial y la adopción de medidas de gran trascendencia expresadas en la conformación de expediciones científicas, tales como las expediciones botánicas, que se propusieron hacer un inventario amplio de los recursos naturales explotables. Ese antecedente sirvió para aumentar la conciencia de sí mismos en los criollos. La conciencia de su particularidad en el espacio americano constituye un antecedente de primera magnitud para comprender el surgimiento del sentimiento nacionalista, elemento indispensable para pasar a la etapa de la definición de una conciencia de sí mismos, que se dirija hacia el plano político con el planteamiento de una comunidad de intereses y comunidad de sentido, que posee un pasado común y, quizá lo más importante, un futuro común.

Si el *statu quo* colonial impide la expresión de ese sentimiento, estará dado un factor capital para pensar en la independización. Esto conlleva a la identificación de las opciones políticas posibles para llevar a cabo ese propósito. En ese orden de ideas aparece a comienzos del siglo XIX una corriente de pensamiento político que se va a nutrir de las experiencias históricas de la Revolución de las colonias británicas en América y la Revolución Francesa. La construcción del régimen político republicano, bien sea en su expresión federalista o centralista, servirá de antecedente para ilustrar una opción alternativa, para dar expresión a la voluntad popular e impulsar el buen gobierno.

También en el plano de las ideas fueron importantes los antecedentes de la Ilustración europea, con especial énfasis en las contribuciones que llevaron a una concepción laica de la historia y de la política. El proceso de secularización que se vive en esas esferas va a permitir que los actores sociales puedan encontrar otros referentes para orientar su acción, en cuyo caso la adopción de los procedimientos propios de la racionalización se implantaron en la esfera del conocimiento y del gobierno.

Estos antecedentes del surgimiento del nacionalismo en el sentido en que aquí se ha expresado, sirven para comprender el ambiente en el que se origina la formación de élites dirigentes en el seno de las diversas divisiones político-administrativas del régimen colonial español y portugués que proclamaron el derecho a la libre determinación.

Formación de las naciones modernas

Inicialmente, resultan necesarias algunas precisiones en torno a los conceptos contemplados en los capítulos que componen este libro. Respecto del concepto de Nación, Eric Hobsbawm comienza su obra *Naciones y nacionalismo desde 1780* haciendo una selección bibliográfica de los trabajos recientes que merecen ser destacados, y al respecto anota que en todos ellos se comienza con el interrogante ¿qué es una Nación? Las respuestas a este interrogante se pueden clasificar entre quienes destacan aspectos objetivos, y quienes se inclinan por rasgos subjetivos. Esta diferenciación fue establecida conceptualmente en 1907 por Friedrich Meinecke quien indicaba la diferencia entre el caso francés, expresión de la nación subjetiva o nación política *Staatsnation*, en el que se habría fundamentado la concepción política de la libre determinación de los ciudadanos y la soberanía de la nación, respecto del caso alemán, representante de la nación objetiva o nación cultural *Kulturnation*, en donde el criterio de pertenencia se fundamentaría sobre la base de una cultura, un idioma y una historia comunes.

En cuanto a las posiciones objetivas, cabe reconocer en Johannes Herder a uno de sus más conspicuos exponentes, cuando propugna por establecer la identidad propia del pueblo Alemán, en oposición al universalismo implícito en la noción de *civilización*, entendido a la manera francesa, esto es, como un signo de distinción que encumbra las más elaboradas condiciones de la humanidad. La identidad de la comunidad alemana la encuentra Herder en una entidad objetiva como la lengua propia, por lo que se aproxima de manera decisiva a la producción estética de Johann Wolfgang Goethe, para mostrar que el *Geist* germánico está allí expresado.

La elaboración de una categoría como la de *kultur* encuentra en la formulación de Herder un intento por identificar lo propio de esa comunidad, aquello que le permitiría una vida autónoma y, con ésta, una contribución a una nueva forma de humanismo propia del romanticismo alemán. Esa forma de humanismo encuentra su más elaborada expresión en la imagen del proceso de perfeccionamiento humano por medio de la construcción (*Bildung*), o desarrollo de las facultades humanas, tomando como contexto indispensable lo propio o auténtico de cada

grupo humano, para llegar al disfrute de los valores supremos de la verdad, la belleza y la bondad supremas.

Desde el punto de vista sociogénético de Norbert Elias en el concepto de Cultura se refleja la conciencia que una nación tiene de sí misma:

En lugar de cumplir la función del concepto de civilización, que es la de expresar una tendencia continua a la expansión de grupos y naciones colonizadoras, en el concepto de cultura se refleja la conciencia de sí misma que tiene una nación que ha de preguntarse siempre ‘¿en qué consiste nuestra peculiaridad?’, y que siempre ha de buscar de nuevo en todas partes sus fronteras en sentido político y espiritual, con la necesidad de mantenerlas, además (Elias, 1997: 59).

Esta concepción objetiva de la nacionalidad encuentra variadas formulaciones, de las cuales aquella que formuló José Stalin en 1913 es tal vez la más conocida: “Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura”. Las distintas versiones de esta posición son susceptibles de ser controvertidas por la abundancia de casos en los que la existencia de estos factores no necesariamente conducen a la formación de la nación, expresada ésta en la forma política del Estado contemporáneo, o en alguna otra forma política que pueda mantenerse en el contexto de las naciones modernas.

Las concepciones de corte subjetivista, bien sean estas de acento colectivo tal como la célebre formulación de E. Renan “Una nación es un plebiscito diario”, o de quienes colocan el acento en el individuo, entendido éste como un ciudadano que en un momento determinado reclama su pertenencia a un grupo, se colocan en una posición tautológica a la manera de considerar que el acto voluntarista de los habitantes de un territorio bastaría para configurar una Nación. En efecto, los planteamientos de corte subjetivo dan lugar a una concepción que acentúa los aspectos políticos y facilitan el entendimiento *a posteriori* de algunos rasgos de las naciones, pero descuidan la coexistencia de múltiples factores que también inciden.

Diferente es la posición expresada por Max Weber para quien el sentimiento nacional es la representación de un rasgo de las comunidades políticas en el que se pone de presente “el prestigio del poder”, en directa relación con la forma política de Estado: “Se trata ante todo de los que se consideran ‘partícipes’ específicos de una específica ‘cultura’ que abarca el círculo de los que están interesados en una forma política. No obstante, el puro prestigio del ‘poder’ se transforma inevitablemente, bajo la influencia de tal círculo, en otra forma específica, a saber, en la idea de la ‘nación’”. Esta posición lleva a Weber a reconocer que el concepto de nación es multívoco y que mientras no se disponga de otra opción “una casuística sociológica debería exponer todas las clases particulares de sentimientos de comunidad y solidaridad según las condiciones de su origen y según sus consecuencias para la acción comunitaria de sus miembros” (1977: 679 y 682). Este señalamiento constituye todo un programa de investigaciones en torno a la definición de las tipologías y a los periodos en que se definen las diversas formas de naciones.

Nuevas tendencias interpretativas

En el estudio de los fenómenos relacionados con la Nación se definen en la actualidad dos grandes tendencias en las que, a partir de los aspectos objetivos o los aspectos subjetivos, se desarrollan nuevas concepciones teóricas y metodológicas para preparar la investigación empírica de casos particulares. Al criticar las dificultades tanto de las tendencias objetivas como subjetivas, el historiador Eric Hobsbawm sugiere una alternativa de tipo constructivista, según la cual al estudiar la cuestión nacional es más provechoso empezar con el concepto de la nación, es decir, con el nacionalismo, que con la realidad que representa: “La ‘nación’, tal como la concibe el nacionalismo, puede reconocerse anticipadamente; la nación real sólo puede reconocerse *a posteriori*” (1997: 17). Según este punto de vista la nación cobra existencia a través de los discursos de los individuos que están interesados en la creación de esa realidad particular. La capacidad performativa del lenguaje puede ser aquí destacada hasta el punto en que se puede llegar a los extremos de concebir que la realidad última de la nación se agota en los discursos sobre ella.

Para evitar esa falacia resulta necesario avanzar en las precisiones necesarias para utilizar el concepto de nacionalismo. Nada resulta más necesario en este caso que deslindar la connotación peyorativa que puede acompañar la noción de nacionalismo, más aún en la época contemporánea cuando múltiples aventuras autoritarias y sangrientas se ocultan tras el velo de un “sano nacionalismo”.

El nacionalismo surge de una versión orgánica de la sociedad, propia del romanticismo alemán decimonónico, según el cual los valores más importantes de un individuo están determinados por su pertenencia a un grupo mayor, en este caso la nación, valores que deben estar por encima de cualquier otro aspecto y nada debe oponérsele. La forma degradada de este sentimiento nacional lo caracteriza Isaiah Berlin como ‘Populismo histórico’, forma en la que se reivindican las raíces de un pueblo como alternativa para preservar la identidad colectiva, sentimiento este que ha preparado el terreno para expresiones de xenofobia y campañas agresivas de exterminio masivo. No obstante, esas expresiones degradadas corresponden a un escenario diferente al considerado por Johannes Herder, de quien señala el mismo Berlin, estableció claramente la diferencia entre este populismo que apelaba a la entidad de *Pöbel die Gassen*, la chusma, expresión de las pasiones bajas y excluyentes, respecto de *Das Volk*, el pueblo o cuerpo de la nación, que corresponde a una noción de corte democrático y tolerante, potencialmente inclusiva y multicultural (1966: 323-325).

Una vez establecida esa precisión podemos avanzar en la caracterización de las tendencias contemporáneas sobre el estudio del nacionalismo. Al respecto encontramos los intentos de establecer tipologías del nacionalismo en las que se pretende establecer las diferencias entre la manera como en Occidente y Oriente se construye el sentimiento nacional y se plasma en las instituciones de una sociedad.

Hans Kohn (1966) establece una marcada diferencia entre el nacionalismo occidental que estaría caracterizado, según este autor, por su carácter racionalista y liberal, constituyéndose en una base firme para el desarrollo del Estado de derecho y la preservación de los derechos del hombre y del ciudadano, respecto del nacionalismo oriental fundado en el misticismo y una concepción tribal de la nacionalidad. Anthony Smith (1997:

43) conserva la distinción propuesta por Kohn y establece una tipología en términos de nacionalismo territorial y nacionalismo étnico. En el primero el aspecto que destaca es que, además de los rasgos racionalistas, se contemplarían en diversas proporciones los siguientes aspectos: a) un territorio histórico, b) una comunidad político-legal, c) una ideología y una cultura cívica colectivas, garantizada por la acción de un mecanismo de socialización secundaria como la educación.

En cuanto al tipo oriental éste se caracterizaría, según Smith, por los siguientes elementos: a) un fuerte acento en el linaje y no en el territorio, b) gran peso atribuido al pueblo, entendido como el destinatario privilegiado de la acción de la nación, c) importancia de rescatar la cultura vernácula, en particular la lengua, las costumbres y las tradiciones. Como suele ocurrir con otras tipologías, en este caso se debe seguir la advertencia de este autor en el sentido de que el estudio de los casos particulares nos puede mostrar la combinación de elementos de uno y de otro, aun cuando se trata de examinar cuál es el modelo dominante, o las peculiares formas de articularse unas con otras.

En estas condiciones estaríamos trabajando en el contexto de una tipología constructiva en la que el estudio de cada caso es decisivo para establecer la comprensión de los mecanismos que lo definen. Para los propósitos de esta introducción este aspecto metodológico resulta de vital importancia para comprender los estudios empíricos específicos que aquí se presentan, tanto como para la opción de establecer comparaciones entre casos nacionales. Se trata, en síntesis, de no trabajar con tipologías polares en las que los matices y las articulaciones se dejen de lado para ceder ante las pretensiones de una teorización abstracta.

Nacionalismo y estructura social

Un concepto de nacionalismo más elaborado desde el punto de vista teórico se debe a Ernest Gellner, quien propone entenderlo como un principio para fundamentar la legitimidad política, que vincula la unidad política y cultural. Los planteamientos de este autor se inscriben en el contexto de la formación de las sociedades modernas, para lo cual elabora un análisis teórico sobre los fundamentos de este tipo de sociedades nacionales y el papel que en ellas juega la cohesión social:

Lo que caracteriza la región dentro de la cual el nacionalismo llegó a ser el principio político fundamental es el hecho de que se produjo allí un profundo y permanente cambio en el modo de organizarse la sociedad, un cambio que hace anónimas, internamente fluidas, bastante indiferenciadas y culturalmente homogéneas a las comunidades, que se manifiestan entonces como las únicas depositarias legítimas de la autoridad política. El poderoso y nuevo principio de ‘un Estado, una cultura’ tiene profundas raíces (Gellner, 1993: 24).

El primer aspecto que retomaremos del análisis de Gellner tiene que ver con la puntualización que hace respecto de la necesidad de combinar el estudio historiográfico de los casos nacionales, con el análisis teórico que permita la comprensión (general) de las transformaciones generales que se operan en la forma de organización de estas nuevas estructuras sociales que se expresan a través de la conformación de los Estados nacionales.

Por esa razón se entrega a la tarea de precisar los rasgos distintivos de la organización social tradicional, en la que no aparecen definidas las formas políticas nacionalistas, respecto de aquellas que sí lo tienen. El énfasis de este autor consiste en demostrar que, en efecto, el desarrollo del nacionalismo requiere de la transición a una estructura social en la que la forma principal de cohesión social cambia, y cómo en ese cambio el papel de la cultura es de vital importancia: “afirmo que el problema que intrigó a Renan, el nacimiento de esa unidad social distintiva, esto es, el Estado nacional y a menudo nacionalista, es un ejemplo preciso de este tipo de reemplazo de una estructura por otra; y sostengo que el fenómeno no puede explicarse invocando solamente acontecimientos históricos sino que únicamente se lo puede explicar subrayando y poniendo de relieve la diferencia entre las dos estructuras contrastadas” (ibíd.).

La estructura social de los dos tipos de sociedades, señala Gellner, es de gran complejidad, pero se diferencia por el modo particular de ubicar la cultura, entendida ésta de manera genérica, como un sistema de señales: “(...) la esencia de este particular cambio *estructural* es precisamente que durante él el rol de la *cultura* misma en la sociedad cambia profundamente. No es cuestión de reemplazar una cultura –un sistema

de señales— por otro; aquí se trata de un cambio estructural que lleva a una manera enteramente nueva de usar la cultura” (ibíd.).

Una de esas estructuras sociales, la que el autor denomina civilización avanzada agraria, “promueve gran diversidad cultural y despliega esa diversidad para marcar situaciones diferentes, económica y políticamente, de las diversas subpoblaciones que se encuentran en dicha civilización”. En tanto que la que denomina sociedad industrial orientada hacia el crecimiento, “está vigorosamente empujada hacia la homogeneidad cultural dentro de cada unidad política. Cuando falta esa homogeneidad, se la puede alcanzar modificando, ya las fronteras políticas, ya las fronteras culturales. Además, esta forma social se caracteriza por el abierto uso de la cultura como un símbolo de persistentes unidades políticas y por el uso de esa homogeneidad para crear un sentido (en parte ilusorio, en parte justificado) de solidaridad, movilidad, continuidad, ausencia de barreras profundas dentro de las unidades políticas en cuestión”. Y concluye de manera específica señalando: “para decirlo mas sencillamente, las civilizaciones agrarias no engendran nacionalismos; son las sociedades industriales las que los generan” (ibíd.: 29).

El aspecto que caracteriza el cambio de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas lo encuentra Gellner en los procesos de división social del trabajo, en los que la solidaridad orgánica se ve acompañada de un sentimiento moral compartido, de tendencia homogeneizadora. Ese sentimiento se expresaría en el ámbito cultural, a la manera de un elemento aglutinante que favorece la unificación nacional; según el punto de vista de Gellner, en la concepción de Emile Durkheim, uno de los grandes teóricos de la división del trabajo, las consecuencias de la especialización de funciones se comprenden aisladas de la homogeneidad cultural de la nueva forma de organización social:

Durkheim se esforzó por asignar a la especialización una dignidad moral superior haciendo de ella la base de una forma superior de cohesión social. Pero no vio que la especialización alcanzaba semejante dignidad cuando la especialización [sic] y la movilidad profesional se fundían con la estandarización cultural. La movilidad hacía necesaria la

estandarización, ésta a la larga hacía la especialización moralmente aceptable. Y ésta es nuestra condición social” (ibíd.: 36).

En realidad Durkheim sí tuvo en consideración el mecanismo de la homogeneidad cultural y a su estudio dedicó buena parte de sus investigaciones sobre la educación. En su concepción de tipo evolucionista es muy claro en señalar que: “en el curso de nuestra historia se ha venido constituyendo un conjunto de ideas sobre la naturaleza humana, sobre la importancia respectiva de nuestras diferentes facultades, sobre el derecho y sobre el deber, sobre la sociedad, sobre el individuo, sobre el progreso, sobre la ciencia, sobre el arte, etcétera, que están en la base de nuestro espíritu nacional; toda educación, lo mismo la del rico que la del pobre, la que conduce a las carreras liberales, tiene por objeto fijarlas en las conciencias” (Durkheim, 1976: 68).

Respecto de este punto resulta sugestiva la interpretación de Alain Touraine en *Crítica de la modernidad* al referirse al significado del aporte de Durkheim a la construcción de la moderna nación francesa:

Lejos de que sea una cultura nacional la que fundamenta la nación y el nacionalismo, es a la inversa que sucede, es decir, es el Estado nacional que produce, en particular por medio de la escuela, una cultura nacional. Visión durkheimiana en la que la cultura nacional juega su papel de creación de conciencia colectiva (Touraine, 1992: 160-161; traducción libre del autor).

Tal vez lo que resulta insatisfactorio en el planteamiento de Durkheim es su fijación en el espíritu nacional francés propio del final del siglo XIX y la utilización constante del concepto de moralidad en una acepción kantiana, próxima de los imperativos categóricos que deben regir el comportamiento individual, que desde su particular punto de vista se expresan en la moral colectiva y en el derecho. Resulta insatisfactorio a la hora presente un diagnóstico en esos términos y se requiere, en efecto, por lo menos actualizar los criterios durkheimianos en términos de las nuevas formas que adoptan las estrategias de clasificación en las sociedades contemporá-

neas, en donde no sólo la moral y el derecho obran como elementos reguladores, sino que aparecen nuevas mediaciones culturales muy poderosas para garantizar la homogeneidad cultural, tales como las industrias culturales y los medios de comunicación.

Desde este tipo de perspectiva encontramos en los trabajos recientes de Jeffrey Alexander (2000) un intento de fundamentar el estudio cultural de la sociedad contemporánea gracias a la actualización de los lineamientos propios de la obra madura de Durkheim, en particular en *Las formas elementales de la vida religiosa*, al concebir que parte sustancial de la vida social se desarrolla como si se tratara de una religión, con sus ritos, instituciones y prácticas cotidianas. También Zygmunt Bauman, sostiene argumentos semejantes: “el nacionalismo es una religión de la amistad; el Estado nacional es la iglesia que obliga a todos los posibles feligreses de su rebaño a la sumisión. La homogeneidad impuesta por el Estado es la práctica de la ideología nacionalista” (2001b: 23). A la luz de estos planteamientos se podría determinar, en el contexto de las nuevas mediaciones culturales, cuáles son los procedimientos que rigen actualmente la moralidad.

Ahora bien, la crítica de Gellner a Durkheim contiene un elemento importante para examinar. Señala que en sus análisis sobre la división social del trabajo y las formas de solidaridad que las soportan, Durkheim opera con una concepción estrictamente bipolar y unilineal (evolucionista) que introduce rígidas diferencias entre la solidaridad mecánica y la orgánica, sin prestar suficiente atención a los matices, esto es, a las experiencias históricas concretas en las que la tipología bipolar podría encontrar variantes. Desde el punto de vista de Gellner, la transición de la solidaridad mecánica a la orgánica tiene por lo menos tres alternativas diversas si se la examina no sólo desde la grupalidad sino desde la perspectiva individual: a) ser semejantes y miembros de grupos similares, b) ser diferentes en virtud de ser miembros de grupos diferentes aunque complementarios y c) ser diferentes individualmente por falta de subgrupos significativos. Nos encontramos aquí con el planteamiento de uno de los problemas contemporáneos más acuciantes, a saber: de qué manera las identidades colectivas, soportadas en soluciones de tipo moderno, tales como la de la identidad nacional, se mantienen en el contexto de

formas de solidaridad orgánica en las que emergen con toda intensidad las diferencias, por mucho tiempo dejadas de lado en razón de la uniformidad cultural propia del nacionalismo.

En efecto, como lo plantea Touraine, somos iguales y diferentes, situación que conduce a un replanteamiento de los ideales de la modernidad asociados a las formas de vida colectivas representadas en el nacionalismo. Asistimos a la erosión ('desmodernización', según Touraine) de esos principios sobre los que se edificó la experiencia colectiva, momento en que la cultura nacional se acepta como unidad de la diversidad de expresiones, entendido como el tránsito de la multiculturalidad a la interculturalidad. En otros términos, se pasaría del reconocimiento de la diversidad a una nueva forma de convivencia de las múltiples expresiones contenidas en un proyecto colectivo alternativo ('modelo de historicidad' si seguimos a Touraine) del cual es necesario identificar a sus portadores y los mecanismos de operatividad.

En esas condiciones queda entonces planteado el estudio de las relaciones entre nacionalismo y nación. Para hacerlo consideramos de gran valor acudir al estudio de las experiencias históricas concretas de formación de naciones, en lo cual resulta necesario tener presentes los intentos de analizar el fenómeno del nacionalismo tal como se presentan aquí en un conjunto amplio de casos.

Etapas del nacionalismo

Encontramos en los trabajos de Miroslav Hroch (1993 y 1994) aportes muy significativos para los propósitos de este libro. Las elaboraciones metodológicas y teóricas de este autor son de utilidad. En primer término retendremos su observación respecto al carácter diferencial con que las ideas nacionalistas son asumidas por una colectividad amplia y heterogénea. Esto quiere decir que para la investigación empírica el estudio de un proceso nacionalista debe partir del criterio según el cual esas ideas tienen unos portadores que se encargan de difundirlas, en el contexto de un proyecto nacionalista, que, como quedó señalado antes, es aquí comprendido como la unificación entre proyecto político y proyecto cultural, para que sirva como factor de legitimación.

Desde ese punto de vista las ideas nacionalistas se difunden desde una vanguardia social, que puede adoptar la forma de un Movimiento social portador de un nuevo modelo de historicidad, para ser difundido gradualmente a grupos y regiones, con lo que se establece la necesidad de establecer las etapas o los periodos de ese proceso de cambio social.

Los estudios históricos de Hroch se llevaron a cabo sobre la experiencia de pueblos europeos tales como los checos, lituanos, estonios, flamencos y eslovacos, entre otros. En ellos encontró una fuerte influencia del pasado, expresado en particular en las tradiciones, los mitos, la lengua y el folclor de diversos grupos étnicos, y, en menor medida, la influencia de un sistema educativo nacionalista que hiciera las veces de mecanismo unificador, que difundiera los elementos de la conciencia nacional por medio de un pasado común reconstruido a través de la historiografía de corte nacionalista en la que, seguramente, se condensaría la 'comunidad imaginada' por la vanguardia nacionalista.¹ El mismo autor es consciente de las diferencias que mediaron en el proceso de construcción de esas naciones europeas, respecto de las denominadas grandes naciones de ese continente (Francia, Alemania, Inglaterra).

La noción de gradualidad lleva a Hroch a plantear una serie de fases en las que estaría representado el proceso de construcción de la Nación. La que denomina *fase A* expresaría el descubrimiento, o mejor decir redescubrimiento, de una tradición popular de la que se destacan, como ya lo señalamos, las costumbres vernáculas, los mitos, la lengua, que son transformados en un sentimiento de unidad nacional para resguardarse frente a lo exterior, en este caso el avance de las grandes naciones europeas o el expansionismo de otra grupo étnico regional. Recordemos aquí la importancia que le concede el historiador inglés Edward P. Thompson (1995) al estudio de las que él denomina 'costumbres en común' para referirse a las prácticas simbólicas y a los usos consuetudinarios, codificados o no, de los objetos de la vida cotidiana. A través de esta perspectiva

¹ El concepto de 'comunidad imaginada' se debe a Benedict Anderson en su trabajo *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1992.

Thompson pretende devolverle a la noción de “costumbre” un estatuto conceptual que permita comprender el sentido de la denominada cultura popular, así como el surgimiento histórico de la noción de folklore, entendido como el desarrollo de la curiosidad de las élites por precisar las costumbres y antigüedades de quienes debían permanecer subordinados. La definición de este autor no va en el sentido expresado por Hroch para identificar el surgimiento de la conciencia nacional, si no de la formación de la conciencia de la clase obrera en Inglaterra, por lo que los enfoques difieren en cuanto al papel de la tradición y las costumbres en dos experiencias históricas pre-nacionales.

Cabe preguntarse entonces si la formación de un sentimiento de homogeneidad cultural favorable a las aspiraciones del nacionalismo, señala diversas estrategias relacionadas con el desarrollo de las fuerzas productivas en las grandes naciones y, en consecuencia, señalaría variantes diversas de la etapa o fase primigenia del nacionalismo.

La respuesta a este interrogante nos conduce a examinar las implicaciones que reporta la multidimensionalidad del concepto de nacionalismo y de las realidades múltiples y diversas que este describe, por ejemplo en el caso hispanoamericano. La *fase B* descrita por Hroch señala la aparición de un conjunto de activistas políticos dedicados a difundir la idea nacionalista y la *fase C* consiste en la difusión de esa idea en los diferentes sectores y regiones hasta llegar a contar con un apoyo generalizado que permite conformar la base de la legitimidad de un nuevo orden político. Una vez más, cabe el interrogante sobre las manifestaciones históricas concretas en Hispanoamérica y la aplicabilidad de estas fases del nacionalismo europeo.

Nacionalismo hispanoamericano

El surgimiento de un sentimiento nacionalista en Hispanoamérica corresponde al periodo de transición de los regímenes coloniales y la formación de nuevas repúblicas. Es posible considerar esta etapa como uno de los momentos iniciales del proceso de descolonización que ha conocido diversos momentos, no sólo el más reconocido en el ámbito hispanoamericano correspondiente a las postrimerías del siglo XVIII y co-

mienzos del siglo XIX, sino los procesos de descolonización desarrollados a lo largo del siglo XX en las antiguas colonias asiáticas y africanas de los grandes imperios europeos de antaño.

Respecto al proceso general de descolonización, Clifford Geertz considera que se pueden identificar por lo menos cuatro grandes etapas que ayudan a comprender estos fenómenos asociados al nacionalismo. Bajo el supuesto inicial de que en la historia general de la descolonización se pone de presente el desfase entre la velocidad de los cambios externos y la velocidad de la transformación interna, Geertz concibe estas cuatro fases del proceso: a) aquella en que los movimientos nacionalistas se formaron y se cristalizaron, b) aquella en que triunfaron, c) aquella en que se organizaron en Estados y d) aquella en que, organizados en Estados, se ven obligados a definir y estabilizar sus relaciones con otros Estados y con las sociedades irregulares de que nacieron (1986: 206). Este autor estima que se ha concedido mucha atención a la segunda y tercera de estas fases, pero en su criterio la cuarta fase describe un conjunto de procesos sociales e históricos de gran magnitud que requieren de estudio detallado.

En el proceso de construcción de los nuevos Estados-Nación Geertz reconoce la importancia de definirse entre lo que denomina como el esencialismo y el epocalismo, esto es, la tendencia a quedarse anclado en la tradición o a adaptarse al presente. En esa tensión reconoce el valor estratégico de problemas culturales tales como la lengua, la etnia, la religión y la adopción de mecanismos de socialización y formación de la identidad tales como los sistemas educativos modernos. Al respecto no vacila en considerar a los debates sobre estos temas como la “parapolítica” que al lado de las tradicionales formas e instituciones políticas, se ocupa de dirimir los problemas de la identidad y la etnicidad. A la confrontación “parapolítica” le reconoce contextos institucionales específicos, de los cuales uno de los más importantes es, en su criterio, el sistema escolar.

A continuación elaboraré una formulación inicial de las que podrían constituirse en las fases o etapas del nacionalismo hispanoamericano, con el propósito de avanzar en la discusión acerca de las características de este fenómeno en la región. Es necesario advertir sobre los riesgos de incurrir en una periodización que, de manera deliberada o no, asumiera

la idea de un continuo histórico de construcción de la nación, en la que los periodos representarían el perfeccionamiento de la unidad nacional o, en su defecto, el lamento de su pérdida o de su desviación.

Para evitar ese escollo, de manera inicial enfocamos nuestra atención sobre los aportes de Homi Bhabha, quien en su trabajo *Nation and narration* muestra la importancia de mantener la diferenciación entre los aspectos pedagógicos y los performativos de los discursos sobre la nación. La dimensión pedagógica se configura en la producción de la nación como narración por el énfasis en la dimensión temporal reiterativa y continuista, en tanto que la función performativa de las narraciones de ésta nos recuerda la distancia que separa la imagen que nos hacemos de una colectividad (pueblo), del significado que le atribuimos (Bhabha, 2000: 36-37).

En esas condiciones, una periodización sobre la formación de la nación debe ser entendida como la identificación de las etapas que marcan sus relatos, las narraciones y las imágenes que se proyectan. Antes hemos señalado el riesgo de considerar la performatividad como una realidad totalizante, que nos entregaría la clave de la causalidad en la construcción de las Naciones. En consecuencia, se requiere advertir aquí que el enfoque que hemos utilizado para definir los diversos periodos tiene en cuenta la multidimensionalidad del fenómeno estudiado, en el que intervienen de manera acompasada aspectos relacionados con la vida material, en particular, las transformaciones de la estructura social y de las relaciones sociales a la luz de la producción material de la vida cotidiana, tanto como los fenómenos de producción y reproducción en la esfera simbólica.

En estas condiciones podemos encontrar en las naciones hispanoamericanas, un *periodo 1* de formación nacional, diferente de la *fase A* de Hroch. Esta corresponde con la descomposición de las unidades político-administrativas del régimen colonial español y de la crisis política y social en la península, en las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX (aproximadamente entre 1780 y 1810), a la par que se expresa el sentido de extrañamiento entre el español americano (criollo) y el español a secas: “la nación ocupa el vacío dejado por el desarraigo de las comunidades y el parentesco, y convierte esa pérdida en el lenguaje de la metáfora” (ibíd.:

32). En una sociedad estamental, como por ejemplo la del Virreinato de la Nueva Granada, el mantenimiento de las diferencias entre los grupos raciales y culturales se constituyó en una constante. Desde ese punto de vista los criollos blancos se diferenciaban de los mestizos, los indígenas y los negros, por medio de fuertes señalamientos en cuanto a la supuesta inferioridad de las costumbres de estos.

La formación de la identidad propia de los criollos blancos se hizo entonces sobre la base de la exclusión de los otros grupos sociales con quienes convivían en un mismo territorio. De otra parte, la exaltación de la riqueza del hábitat se constituyó en uno de los elementos para reforzar el sentimiento de identidad de grupo y fundamentar una aspiración de autonomía respecto de la corona española. La dimensión temporal de la nación cobra, en sus inicios, una forma concreta a través de la exaltación del espacio, es decir, a través de la descripción del paisaje y el impacto que éste causa en la formación de la identidad colectiva. Aquí se percibe, para el caso hispanoamericano, el legado de las Expediciones Botánicas, de los andes septentrionales y del Virreinato del Perú, con la influencia que marcó en los ideólogos de la emancipación.

Podemos identificar un *periodo 2* caracterizado por la formación inicial de los Estados nacionales hispanoamericanos y su correspondiente definición de fronteras, en el lapso comprendido entre 1810 y 1840 aproximadamente, momento en el que se pasa a consolidar la independencia política respecto del dominio español, para dotarse de una organización política y administrativa, e identificar un depositario de la soberanía nacional: el pueblo de la nación. Es en este periodo en el que la exaltación de la unidad nacional a través de una cultura homogénea va a tener mayor presencia, tanto en la dimensión performativa de crear una nueva entidad, con la mayor cantidad de atributos que la distinguen, como en la dimensión pedagógica de la nación, esto es, la repetición de un mito fundacional. Las consecuencias institucionales de esta última dimensión permitieron la formación de las bases de un sistema nacional de educación que se ocuparía de esa labor en el ámbito estudiantil, para ser combinada con los otros medios a disposición para la formación de la opinión nacional, es decir, la prensa y la plaza pública.

La delimitación de fronteras tiene un efecto catalizador muy poderoso en este proceso de formación de las unidades nacionales, por cuanto el señalamiento de la interioridad respecto de lo exterior conlleva a alimentar el sentido de pertenencia a un territorio común, a un pasado compartido, a las tradiciones propias e incluso a la exaltación de una lengua nacional.²

El *periodo 3* comprendido entre 1840 y 1900 aproximadamente, representa el proceso de modernización material expresado en la noción occidental de ‘progreso’, que lleva implícito la transformación decisiva de las relaciones sociales de producción, la transformación del sistema de producción en cuanto a la incorporación de la ciencia y la técnica, así como la adopción de nuevas formas de solidaridad social. Con estos factores se consolida la modernización en el plano cultural, avanzando de una manera decidida hacia las funciones propias de la cultura en las formaciones sociales nacionales modernas. Este dilatado periodo representa también el momento para presenciar las luchas por la hegemonía cultural entre sectores tradicionalistas que propugnan por mantener la estructura cultural ligada a la cosmovisión religiosa y quienes defienden la secularización del universo simbólico en que se mueve la conciencia de un grupo nacional.³

En ese proceso la definición de partidos políticos va a operar a la manera de la institucionalización de las retóricas nacionales, en términos de programas e idearios de esos partidos y su alinderamiento respecto de la controversia sobre diferentes materias de la vida en común, en particular, lo relacionado con el papel de la educación y de la cultura en la caracterización de la nación.

El *periodo 4* lo podemos ubicar aproximadamente en el lapso comprendido entre 1900 y 1950. En él asistimos al desarrollo ampliado del capitalismo industrial y su fase de expansión imperialista, junto a las dos guerras mundiales que van a reconstituir el sistema-mundo en donde las presiones

² “El estado nacional ha sido diseñado primeramente para ocuparse del problema de los extraños no de los enemigos. Es precisamente ese rasgo específico el que lo diferencia de otras organizaciones sociales supraindividuales” (Bauman, 2001b: 22).

³ Véase González, (1997).

económicas son internacionales y las presiones políticas son nacionales (Wallerstein, 1994).⁴ Acompañando las presiones económicas aparece el imperialismo cultural en la forma de una civilización occidental que estaría encarnada en las naciones más desarrolladas de occidente.

Por último tenemos un *periodo 5* comprendido aproximadamente entre 1950 y nuestros días, en el que presenciamos la transformación de los procesos de acumulación del capitalismo tardío, que consigue transformar las presiones económicas internacionales hasta entronizarlas en el ámbito cuasi-sacro de lo nacional, modificándolo sensiblemente. En consecuencia las presiones políticas son ahora también de tipo internacional y este fenómeno hace que las unidades nacionales se transformen decisivamente. En el terreno cultural hay que recordar que en esta fase “los centros de producción de significados y valores son extra-territoriales, están emancipados de las restricciones locales” (Bauman, 1998: 9), con lo cual la capacidad de respuesta de las naciones se ve seriamente disminuida. Las posibles respuestas a ese fenómeno no pueden venir de manera exclusiva de las instituciones creadas a la medida de los Estados nacionales de antaño, sino que requieren de respuestas globales.⁵

Referencias bibliográficas

Alexander, Jeffrey. 2000. *Sociología cultural, Formas de clasificación en las sociedades complejas*. Barcelona, Anthropos, México, FLACSO.

Anderson, Benedict. 1992. *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE.

⁴ Cabe señalar que desde mi perspectiva el fenómeno nacional se mantiene, con expresiones nuevas que merecen ser estudiadas, y no es objeto de una muerte precipitada.

⁵ “Toda respuesta eficaz a la globalización no puede ser mas que global. Y el destino de semejante respuesta global depende de que surja y arraigue un ámbito político global –entendido como algo distinto de lo ‘internacional’, o para ser más precisos, interestatal–. Es ese ámbito político el que hoy brilla por su ausencia” (Bauman, op. cit.: 98).

- Bhabha, Homi. 2000. "DisemiNación: tiempo, narrativa y los márgenes de la Nación moderna", en: *Formación en gestión cultural*, Rodríguez, V.M. (ed.).
- Bauman, Zygmunt. 1998. *La globalización. Consecuencias humanas*, México, FCE.
- Bauman, Zygmunt. 2001a. "El desafío ético de la globalización", en: *Revista colombiana de sociología*, v. VI, n.º 2.
- Bauman, Zygmunt. 2001b. "Modernidad y ambivalencia", en: *Miradas anglosajonas al debate sobre la nación*, Von der Walde (ed.), Bogotá, MinCultura.
- Berlin, Isaiah. 1966. "Herder", en: *Eco*, v. 12, n.º 3-4.
- Durkheim, Emile. 1976. *Educación y sociedad*, Bogotá, Babel.
- Elias, Norbert. 1997. *El proceso de la civilización*, México, FCE.
- Geertz, Clifford. 1986. *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Gellner, Ernest. 1993. "El nacionalismo y las dos formas de cohesión en sociedades complejas", en: *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa.
- González, Jorge Enrique. 1997. *Positivismo y tradicionalismo en Colombia*, Bogotá, El Búho.
- Hobsbawn, Eric. 1997. *Naciones y nacionalismo desde 1870*, Barcelona, Crítica.
- Hroch, Miroslav. 1993. "From national movement to the fully formed-Nation. The nation building process in Europe", en: *New left review*, n.º 198.
- Hroch, Miroslav. 1994. "¿Sabemos suficiente sobre el nacionalismo?", en: *Nationalism in Europe. Past and present*, Beramendi, J. y otros (editores), v. 1, Santiago de Compostela.
- Kohn, Hans. 1966. *El pensamiento nacionalista en los Estados Unidos*, Buenos Aires, Troquel.
- Weber, Max. 1977. *Economía y Sociedad*, v. II, México, FCE.

- Smith, Anthony. 1997. *La identidad nacional*, Madrid, Trama.
- Thompson, Edward P. 1995. *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica.
- Touraine, Alain. 1992. *Critique de la modernité*, Paris, Fayard.
- Wallerstein, Immanuel. 1999. “La cultura como campo de batalla ideológico del sistema-mundo moderno”, en: *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Castro, Santiago (ed.), Bogotá, Pensar.

